

La monstruosidad femenina

"Bajo el antifaz de la anormalidad femenina"*

*Lina Marcela Correa Avendaño***

*Adriana Quintero García****

Recibido mayo 11 de 2010, aprobado mayo 26 de 2010

Resumen

La noción de anormalidad es un término que ha acompañado a la historia humana. Foucault realiza un recorrido sobre ello, a través de las razones de ésta y su forma de operar en las diferentes épocas. Cabe preguntarse, ¿cuáles son las nociones que dicha concepción retoma en el caso de la mujer?; es así como el ejercicio de la norma toma un matiz diferente cuando es aplicada sobre las mujeres; esta "norma" será producto de una serie de componentes simbólicos que nacen de las percepciones del cuerpo que permitirán luego explicar la anormalidad referida a las mujeres.

Palabras clave: Mujer, femenino, norma, anormalidad, biopoder.

Abstract

The notion of abnormality is a term that has accompanied human history. Foucault makes a route on it, through its reasons and the way it operates at different times. The question is, what are the notions that this concept takes up in the case of women?; is so how the exercise of the rule takes a different tone when applied on women, this "rule" will result from a number of symbolic components arising from perceptions of the body that will then explain the abnormality referred to women.

Keywords: Female, female, standard, abnormality, biopower.

* El artículo es resultado de un proyecto en curso, el cual se inició en la asignatura Anormales en el Cine, dictado por la profesora Sonia Cogollo en la U. de A. en el año 2008.

** Estudiante en séptimo semestre de Psicología de la U. de A. Correo: zaenereno@hotmail.com

*** Estudiante en octavo semestre de Psicología de la U. de A.. Correo: adriquintero147@gmail.com

1. Introducción

“Bajo el antifaz de la anormalidad femenina” propone una mirada hacia aquello que corresponde a la mujer desde una construcción de lo femenino, como si esto último se tratase de una fachada que guarda algo misterioso y tal vez peligroso, bajo un antifaz de engañosa apariencia, que escondería tras de sí, secretos a los cuales no es permitido acceder. El siguiente artículo esboza, mediante un recorrido histórico, cómo se generan las diferentes normatizaciones que se trazaron alrededor de las mujeres, establecidas en supuestos símbolos generalizados y cuyas interpretaciones serán diferentes según el entorno cultural que las acoja. Además de esto, se señala cómo estas normas, según la teoría de Michel Foucault, serán las que darán razón a lo anormal; sobre esto último se indica la forma en la cual dicha noción de anormalidad, está diferenciada según el género al cual se aplique. De esta manera se introducen diferentes nociones que harán alusión al anormal femenino, desde las figuras que establece Foucault: el monstruo, el incorregible y el masturbador. De esta manera se expone cómo aquello que se ha construido de manera histórica, social, y subjetivamente, ha servido para excluir a la mujer de varios ámbitos de participación social, que la han relegado, lo que ocasionó diversos discursos alrededor de la misma que la posicionan bajo la forma de un ser malvado, un indeseable, un ser insignificante que debe ser vigilado y castigado por el poder.

Si bien es cierto que son pocas las referencias a la mujer en la obra de Foucault, dentro de los estudios de género se pueden encontrar importantes zonas de confluencia que permitirán hablar sobre la mujer y su atributo de monstruosidad. Para ello se retoma su trabajo de *Los Anormales* (1975) y se toman prestados conceptos de este autor como “monstruosidad”, “anormalidad”, “biopoder”, entre otros.

La manera en la cual se aborda el tema, está dada en una búsqueda y en un análisis bibliográfico, en el que se buscaron aquellos puntos de intersección entre la teoría de Foucault y los sucesos que se enuncian como históricos en relación con la mujer, buscando con ello

la posibilidad de clarificar otras perspectivas, de aplicar sus teorías a diferentes contextos, a favor de una nueva construcción argumentativa de la anormalidad enfocada hacia la mujer. Todo esto tratando de conservar la fidelidad del autor, y sin que esto signifique sacrificar la creatividad que esta perspectiva requiere para ser desarrollada.

Además de lo anteriormente dicho, se trabajará desde una teoría de género y no desde una perspectiva feminista sesgada, siguiendo aquello que indica Rodríguez: “La tarea de toda teoría feminista que no se agote en el esencialismo y la diferencia, es inventar la propia historia, el cuerpo, el deseo, la identidad, feminismo para el cual el redescubrimiento y la reivindicación reúnen esquemas más operativos del saber androcéntrico occidental y el análisis de sus diversas estrategias de poder”. (Rodríguez, 1999, p. 30).

Es decir, no continuar con un discurso en el cual se busque atacar aquello que por siglos ha hecho sentir a la mujer oprimida (el patriarcado, por ejemplo), sino más bien, un argumento en el cual el mayor interés sea hacer una construcción de una nueva forma de ver el mundo, de vivirlo, de pensarlo, de sentirlo, de reflexionarlo.

También se resalta el hecho de que a lo largo de su obra Foucault desarrolla toda una genealogía de la familia indefinida y confusa de lo que él llamará “los anormales”. Así, muestra cómo se formó ésta, correlacionándola con todo un conjunto de instituciones de control y una serie de mecanismos de vigilancia. De la misma manera, en este trabajo, se intenta comprender esta tipología de familia anormal, pero vista desde las figuras femeninas a lo largo de la historia y del cómo podrían ser pensadas en este momento.

Este trabajo propone retomar estos conceptos y con base en las figuras que en ellos se muestran, diferenciar si habría en las mujeres la monstruosidad tal como la menciona Foucault; de ahí, cabe preguntar también, la forma en la cual se ha construido en la historia y cómo es vista ahora.

2. Antecedentes del cuerpo de la maldad

Iniciaremos relatando un escrito de Mirbeau, el cual en uno de sus cuentos más crueles, narra la historia de un solitario y su enfermo y amado perro Tom.

El solitario, un día se casa con una bella mujer. Pero la esposa siente horror y asco del animal; lo echa de la casa, y le exige a su marido: “¡mata al perro!”. El hombre vacila, sin embargo ella refuta, y así exigiéndole que elija, se muestra desnuda frente a la desgarbada figura del perro. Con esto, el sujeto toma su arma y lo lleva al campo, luego le pide perdón (“no soy yo, tú lo sabes... es ella, ¡y ella es tan hermosa!”), y lo mata. De regreso a casa, cuenta a su mujer los detalles de la ejecución: le disparó varias veces, el perro agonizante volvía a lamerle los pies aullando, él terminó por rematarlo a puntapiés. (Dottin- Orsini, 1996, p. 311-313)

El anterior relato que aparece en *La mujer fatal según ellos* (1996) de Mirreille Dottin, se convierte en el ejemplo perfecto cuando se busca hablar de la anormalidad femenina; aunque en el caso del relato de Mirbeau sería más correcto mencionar el término de monstruosidad, el cual estaría dado bajo los descriptores de un ser embustero, egoísta, cruel, sutil, bello, vanidoso, exaltado, manipulador, seductor, peligroso, malvado, entre otros calificativos. Son las que al parecer referencia lo que se encuentra frecuentemente cuando se ilustra a la mujer monstruosa: relatos bíblicos, históricos, científicos que coinciden en la misma terminología, por lo cual, vale preguntar el porqué de éstas clasificaciones y el lugar desde donde se originan. Además de esto, es necesario cuestionarse sobre el hecho de si existe una diferencia entre lo que se considera anormal para los hombres y lo que se considera anormal para la mujer, o más concretamente, entre la anormalidad femenina y la anormalidad masculina. Esto último se concreta en el hecho de que, al retomar la teoría de Foucault, este habla sobre todo lo que tiene que ver con la normatización de los sujetos, lo cual hace parte

del ejercicio del poder, que por ende, la anormalidad sería aquella que se le opone.

Foucault, en su libro *Los anormales*, dará a lo anterior el nombre de “poder de normatización”, el cual, según lo que explica, estará esencialmente aplicado a la sexualidad. Se toma este referente para iniciar una búsqueda que tenga en cuenta como hipótesis el hecho de que las normas de mujeres y hombres son diferentes, y que esta diferencia tiene un sentido sexual (Foucault, 2001, p. 49).

Es así como es importante mencionar el caso de los descubrimientos arqueológicos de la cavidad del Consejo de Onís, una comarca en los picos de Europa, en la cual se realizaron una serie de descubrimientos en los que se observa el hecho de que el hombre primitivo poseía un entendimiento de la diferencia que existía entre hombres y mujeres, y que, de acuerdo a la misma, se dividían los roles en la comunidad, todo esto de acuerdo a los atributos que se le otorgaban a cada uno. Allí, es posible observar cómo los hombres estaban dedicados a labores como la cacería y la pesca, mientras las mujeres eran destinadas a la agronomía. Por ejemplo, la pre-historiadora Ana Pinto señala que, basado en lo encontrado, puede decirse que la distinción de sexos es un concepto simbólico que genera la división de las estrategias de conseguir alimentos entre otras cosas.

Sobre lo expresado, Françoise Héritier en su libro *Masculino/Femenino: el pensamiento de la diferencia* (1996, p. 15), señala algunos conceptos relacionados con lo mencionado por Pinto acerca de este descubrimiento antropológico. El autor explica que para analizar la diferencia de géneros es necesario tomarla desde un precedente histórico y biológico. Esto debido a que el hombre sólo puede dirigirse a lo que observa, y aquello es el cuerpo y el medio en el que está inmerso, por tanto, la diferencia de sexos estaría entendida por el papel de la reproducción. El papel de la reproducción será un asunto que constantemente se repetirá en la historia en la que se anudarán muchas veces con la antigua relación existente entre la maldad, la mujer y la sexualidad.

Si se recurre a los relatos históricos, en especial a aquellos que son considerados como mitológicos, no es nada difícil encontrar una gran cantidad de ejemplos que esbozan la antigua relación existente entre la maldad y la mujer. Tenemos entre estos mitos, tal vez el más conocido de todos, el que se refiere a Eva, que según la Biblia, fue la primera mujer de la Tierra, que nació de la costilla de Adán, de esta manera, es a él a quien Eva le debe su vida. (Génesis II, 21-22).

Eva ilustra la manera en la cual, la figura de la mujer, está circunscrita en un gran número de denotaciones: Es el primer contacto de la mujer con la seducción, el engaño, el orgullo y la rebelión, en fin, con la maldad: “Eva come del fruto prohibido y ofrece a su marido, que también come siendo seducido por Eva, y es así como los ojos de ambos se abrieron, tal y como les aseguró la serpiente. Descubiertos por un Dios encolerizado, son expulsados del paraíso, Yahvé sentencia a la mujer” (Génesis III, 15).

De este modo, la unión entre la serpiente y la mujer se sella, la maldad será entonces, según indica la Biblia, la eterna compañera de la mujer, será así su cómplice y aliada cuando sepa utilizarla, y su enemiga cuando se vuelva contra ella. Así, Eva fue el medio por el que el Mal llegó al hombre (Santidrián, 1998, p. 17- 18).

Este será el argumento que utilizará la Iglesia católica cuando predique acerca de la maldad en las mujeres y de la necesidad de que estén siempre sujetas a los varones. El hombre no podrá tentar, pero podrá violar, agredir, forzar, mas la tentación es obra diabólica y la naturaleza de la mujer estará mucho más cerca al diablo que la de aquel, por tanto la tentación será la gran arma de la mujer. (Bosch, Ferrer y Gili, 1999, p. 10- 11).

El personaje de Eva tendrá grandes similitudes con Pandora, el personaje de la mitología griega, la cual, según Hesíodo, fue la primera mujer creada por Hefesto y Atenea, ayudados por todos los dioses, los que le otorgan sus cualidades: *belleza, gracia, habilidad manual...* sin

embargo, “Afrodita la dotó del péfido engaño y Hermes de la facultad de pronunciar fáciles discursos. Es así como Zeus envía a Pandora a la tierra para castigar a los hombres, dándole una caja cerrada con todos los males y con instrucciones de no abrirla. Pero Pandora no pudo resistir la curiosidad, levantó la tapa de la caja, esparciendo al momento todas las calamidades que contenía por la tierra (Bosch, Ferrer y Gili. 1999, p. 10- 11).

La historia de Hesíodo presenta a la mujer como un ser atolondrado y carente de juicio, la cual traerá todos los males a la humanidad a causa de su propia naturaleza. Desde lo simbólico de los mitos primitivos, se podría relacionar el recipiente o caja que contiene todos los males, con los órganos sexuales femeninos. Esto hablaría, similar a lo que se narra de Eva, que parte del problema de la maldad de la mujer está relacionada con su sexualidad.

Sin embargo, estas historias no son las únicas en su tipo. En el libro del *Zohar*, *libro del esplendor*, y en *el Talmud*, que forma parte de la tradición judía, se cuenta que Eva no fue en realidad la primera mujer de Adán, sino que antes de ella existió Lilith, quien fue entregada a Adán por esposa, pero ésta menospreció la brutalidad, la incomprensión y la vanidad del primer hombre. Ella escapa de Adán y se niega a volver a su lado, pues le indignaba ser obligada a tomar la postura debajo de él en el acto sexual, la consideraba humillante, y reclamaba los mismos derechos del varón. Por ello, Yahvé la condena a perder 100 de sus hijos cada día, y la da por esposa a Samael (Lucifer). En este relato, para la Cábala hebraica, cuando el creador formó el cuerpo de Lilith, se encontró con escasez de materiales y no pudo construir el cerebro. Sin embargo, para completar su obra, arrancó las partes sexuales a la divinidad, volviéndola impropia para la procreación, y sirviéndose de ellas para modelar la corteza cerebral, transfiriendo así la sexualidad sobre un plano esencialmente psíquico (Santidrián, 1998, p. 83- 86).

Lo que se puede observar es que la figura de Lilith representa para los judíos, una diablesa que estaba en contra del matrimonio y de los hijos;

mientras que: “para la Cábala, Lilith estaría relacionada con el erotismo y la seducción. De esta manera Lilith encarna lo que será la mujer libre, autónoma, voluntaria, capaz de modificar la historia de los hombres, de destruir y de construir simultáneamente” (Santidrián, 1998, p. 84).

En el anterior mito se aprecian varias cuestiones que ayudan a elucidar los parámetros bajo los cuales se fundamenta la forma en la que se concibe a la mujer como ente del mal, lo cual será de gran interés para el estudio de la figura de la bruja, que aparece en la Edad Media con la Inquisición, y que Foucault analizará en una de sus clases, y de la cual Lilith parece ser su precursora.

Una de las explicaciones del porqué se habla de brujas en femenino, es por su carácter de peligrosidad, de mujeres que saciaban su deseo sexual descontrolado hasta con los demonios; es decir, el carácter de la sexualidad desenfrenada, aquella que hace caer a los hombres en pecado, en la perdición. Sobre las características de este ser mítico y, como versa en la Cábala, con un cuerpo que no está al servicio de la reproducción. Lilith o la bruja pueden controlar su sexualidad y utilizarla con gran sagacidad en su beneficio, haciendo que los hombres sean “devorados” en su erotismo, es cual reside su poder.

En los mitos estudiados, podemos observar que cuando se designa la maldad en la mujer ésta se relaciona con la tentación, el pecado, la curiosidad, la rebelión, el erotismo, todo esto en un cuerpo hermoso que en ocasiones presenta una dicotomía: la poca inteligencia sin sentido común, o una inteligencia diabólica que sólo estará al servicio del mal, toda ella hecha en función de hacer caer al hombre en la perdición.

Algo más que se puede apreciar en estos mitos, es el hecho de la figura de la maternidad: la primera, aquella mujer caída a quien maldicen con terribles dolores en el parto por desobedecer a Dios; y otra que se niega a su “deber de mujer” al rechazar a Adán, y por ello es maldecida. Esta observación se repite con las figuras de Atenea y las amazonas, mujeres que para enfrentar un rol diferente a los que se les asignan comúnmente

a las mujeres, renuncian a su sexualidad. Por lo anterior se podría concluir entonces que la sexualidad en la mujer tiene dos funciones que supuestamente resultan opuestas entre sí, la primera tendrá el objetivo reproductivo y su contraria será entonces pecaminosa.

De lo anterior se aprecia cómo todos estos mitos, creencias irracionales, e interpretaciones han sido asumidos como si fueran reales (Bosch, Ferrer y Gili, p. 45) entretejiéndose así el vivir histórico de la mujer y su lugar en la sociedad, de forma que se crean leyes y reglas sociales que delimitan el actuar de la mujer, inscribiéndola en el quehacer de lo que se considera correcto, no nocivo y no perturbador para el hombre de acuerdo a los preceptos heredados en la tradición occidental, en la cual se privilegia el discurso masculino.

Los significantes que se trazan sobre la mujer están concebidos alrededor de la procreación y en el manejo de su sexualidad. Estos conceptos se verán claramente relacionados con lo que es el ejercicio del poder y la normalización, y como Foucault ha indicado, todo se forma en cuestión del control del cuerpo y, en este caso, del control sobre una corporeidad que resulta tan problemática como lo es el de la mujer, el cual se enmarcará en torno a una diferencia que, por cuestiones de supervivencia de la especie, debe ser tratada como semejante, lo que resulta bastante complejo para los hombres antiguos, ¿Cómo tratar aquello que no se comprende, y que además resulta tan aterrador y peligroso? Es por eso que en la elaboración de normas, la referencia que el hombre toma es su propio cuerpo, con el que pretende lograr semejanza de ambos sexos por medio de la normalización de la mujer a partir de la comparación con su propio cuerpo; así, convierte con ello lo que resulta incomprensible en algo que pudiera definirse y entenderse, de manera que no resultara nocivo y pudiera mantener el equilibrio de la sociedad. Veremos, entonces, cómo se desarrolla todo esto en favor de la procreación.

Los sexos son dos

Ana María Fernández en su libro *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*, habla acerca de la episteme de lo mismo, según la cual aborda una dimensión a la que llama epistémica de la diferencia de los géneros, desde la que supone elucidar las categorías lógicas puestas en cuestión cuando se piensan las diferencias y las formas a través de las cuales las ecuaciones: *hombre=hombre* y *diferente=inferior* condicionan sus producciones.

La sociedad, y por tanto los organismos institucionales religiosos o políticos, buscarán homologar las diferencias de forma que sea posible extraer leyes generales. Para realizar esto, el hombre no ha tenido otra medida que él mismo. Es así como se explica el porqué se dan los principios de ordenamiento que consisten en la exclusión, la segregación, la jerarquización inferiorizante de la alteridad, lo otro, lo diferente. Lo mismo será siempre eje de medida, positividad. La otredad será siempre margen, negatividad, doble, sombra, reverso, complemento. Lo mismo, al no poder pensarse nunca como lo otro, se transforma en lo único.

Con esto se dice que en la cultura occidental, las nociones de hombre y mujer se organizan desde una lógica binaria: activo pasivo, fuerte débil, racional emocional, etc., donde la diferencia pierde su especificidad para ser inscrita en una jerarquización. Estos *a priori*s dieron sus condiciones de posibilidad a las Ciencias Humanas para pensar la identidad y la diferencia (Fernández, 1993. p. 37).

Foucault y las figuras de la anormalidad

Ahora se adentrará un poco más en la obra de Foucault para abordar este asunto de la anormalidad femenina, describiendo las tres figuras que este autor propone, para luego proponer su construcción en la mujer. La gran familia indefinida y confusa de los anormales se formó en correlación con todo un conjunto de instituciones de control y de

mecanismos de vigilancia. Estas se construyeron, además, a partir de tres elementos cuya constitución no fue exactamente sincrónica.

El monstruo es una noción cuyo marco de referencia es la ley, no sólo del contrato de la sociedad, sino también de la naturaleza. Su campo de aparición es un dominio jurídico-biológico. Este monstruo combina lo imposible y lo prohibido. Una segunda figura que incluye Foucault en sus clases, está dada por la del **individuo a corregir**. El marco de referencia de éste es mucho más limitado. Es la familia misma en el ejercicio de su poder interno o la gestión de su economía, a lo sumo, la familia en su relación con las instituciones que lindan con ella o la apoyan. Entre la figura del individuo a corregir y el monstruo existe una diferencia la cual estaría en que este último es la excepción por definición; el individuo a corregir es un fenómeno corriente, dado que está muy próximo a la regla; es una especie de evidencia familiar cotidiana, que hace que se lo pueda reconocer de inmediato, pero reconocerlo sin que haya que dar pruebas. Su aparición es contemporánea de la introducción de las técnicas de disciplina, a la que se asiste entre los siglos XVII y XVIII, en el ejército, las escuelas, los talleres y, posteriormente, en los hospitales.

La tercera figura es **el masturbador** o el onanista. Según Foucault el marco de referencia es mucho más imperceptible que el anterior; ya su delimitante no sería la naturaleza y la sociedad como lo es para el monstruo, ni tampoco la familia y su entorno como lo es para el incorregible, ahora hablaríamos de un marco referido al dormitorio, la cama, el cuerpo; son los padres, los supervisores directos, los hermanos y hermanas; el médico: toda una especie de micro-célula alrededor del individuo y el cuerpo. Aparece relacionado con las nuevas relaciones entre la sexualidad y la organización familiar.

Bajo estas tres figuras que Foucault expone y de acuerdo a los puntos tratados en la parte histórica, se argumenta lo que ha sido la norma en la mujer, cómo han emergido. En lo que se refiere al Monstruo, se revisa el lugar de la mujer en el poder, visto desde la gobernabilidad,

desde su posición en causas políticas como lo son las guerras. Además, se habla del lugar en todo este proceso de la familia, del hogar, de lo que significan todas aquellas técnicas disciplinarias dirigidas con expresa inasistencia a la mujer, y las cuales están destinadas a su normalización, y por ende, a la concepción de anormalidad llevada a lo íntimo y privado de la vida de la mujer. Así, se ve cómo, al igual que con el incorregible de Foucault, se instituirá en la sociedad la necesidad de corregir, de mejorar, llevar al arrepentimiento, provocar los buenos sentimientos, es decir, la importancia de la culpa, desde las perspectivas de la mujer como objeto y sujeto de pecado y de la noción de “instinto materno”. La criatura que es posible reconocer no como mujer, sino en su papel de madre.

Por último, dicha elucidación sobre el cuerpo productivo contra el cuerpo de placer, es una relación importante para la comprensión de la mujer-no-madre, y de la cual su único interés no es la maternidad, sino que sería aquella mujer que conoce y vive su sexualidad a plenitud. Con ello, se inician las campañas destinadas al control de su cuerpo y a la íntima represión de sus deseos, en función del control de aquella sexualidad de la cual poco se puede saber porque no hay un órgano sexual regulador tan evidente como en el caso del hombre, un órgano que pueda hablar de ella.

El monstruo escondido: mujer, guerra, poder

Iriarte, en su artículo “La virgen guerrera en el imaginario griego”, publicado en el libro *Las mujeres y las guerras*, argumenta que: “las resistentes aplicaron a la guerra “códigos que normalmente pertenecen a la esfera personal: la seducción, el recurso a los sentimientos o su abierta fragilidad frente al enemigo”. Los debates historiográficos habían subrayado el altruismo maternal del comportamiento femenino; la fuerza con que se manifiesta este código en las acciones de resistencia civil y armada les confería a las mujeres cierto “poder” en el ámbito familiar” (Nash y Tavera, 2003).

Las mujeres usaron, por ejemplo, el derecho al pudor que le permitía a una madre esconder bajo sus ropas lo que habían comprado en el mercado negro, revólveres o documentos. Las mujeres transformaron sus casas en lugares de reunión, hicieron de sus idas al mercado ocasiones para la agitación política y ayudaron a prisioneros que habían escapado, como si se tratara de sus hijos o amantes, además de aplicar aquellos códigos que les pertenecían en la esfera personal.

Sin embargo, también es de anotar que el comportamiento de las mujeres políticamente conscientes, humanitarias y espontáneas, son palabras genéricas y grandilocuentes que deben explicarse. Los historiadores han hablado del altruismo femenino, por ejemplo, maternal, pero refiriéndose a un cierto tipo de maternidad, restringida a la vida privada o a la casa y destinada a volver al contexto familiar una vez que hubiera cesado el estado de emergencia. Se han ignorado las auténticas diferencias que existen entre las mujeres partisanas o combatientes, entre las diferentes organizaciones de mujeres y dentro de estas mismas organizaciones. Ello confirma la falta de interés de los historiadores acerca de la relación entre mujeres y política, evidencia la estrategia de los Estados de reforzar ese ideal de una mujer que lucha por sus hijos y que se le ha permitido o mejor, se le comprende sólo si es madre, si no lo es, no cabe dentro de la historia de las guerras. ¿Serán valores, ideales reforzados por las diferentes disciplinas que hacen parte del Bio-poder, para así alimentar el valor de la defensa de la vida por encima de todo y que necesariamente cobija a la mujer por ser ésta la dadora de vida?

Como contraste a esto, viene al caso la cita de Nietzsche quien dijera en *Así hablaba Zaratustra*: “mientras la mujer es un fin para el hombre, por todo lo de juego y peligro que encierra, el hombre es para la mujer un medio: la finalidad es siempre el hijo” (Nietzsche, 1978, p. 106). En esta cita encontramos, primero, ese interés del hombre en la mujer por el misterio que le representa, el peligro y el juego, cualidades que ya hemos ejemplificado con algunos apartes históricos y mitológicos. En segundo lugar nos encontramos con la importancia dada al papel de

madre que tiene “toda” mujer como finalidad en su vida, por Lacan y su explicación sobre la perversidad femenina no existente gracias al papel que cumple como madre.

En contraste con todo este asunto de mujer igual a madre, se encuentra con aquella situación que se vive por “obligación” dentro de un país en conflicto como es la guerra y con esto las diferentes posiciones que toma una mujer, madre o no, en torno a esta situación. La guerra es muerte, hambre, sufrimiento, mientras que las mujeres representan todo lo contrario, la alimentación, el cuidado, las dadoras de vida.

A expensas de lo incorregible ¿Es mujer o madre?

Así, con respecto a la mujer bruja, dice Foucault en *Los Anormales*: “la brujería fue a la vez el efecto, el punto de inversión y el foco de resistencia a esa ola de cristianización y a los instrumentos que fueron la Inquisición y sus tribunales, de la misma manera, la posesión fue el efecto y el punto de inversión de esa otra técnica de cristianización en que consistía el confesionario y la dirección de conciencia. Lo que la brujería fue en el tribunal de la Inquisición, la posesión lo fue en el confesionario” (Foucault, 2001, p. 199). A todo esto queda por preguntar lo que plantea Foucault con respecto a que cada mecanismo de poder trae consigo una figura que abolir; entonces ¿cuál será la figura de resistencia que hay que abolir en la sociedad actual? Podríamos entonces proponer a la mujer que se rehúsa a ser madre y que por ello el bio-poder se ve limitado; o mejor, aquella mujer cuyo interés está dirigido a su sexualidad, y la cual tiene intereses más personales que colectivos. Sin embargo, lo anterior aún deja mucho por debatir.

A propósito de los mecanismos de poder, se ve que en la antigüedad el hogar es uno de los recintos de encierro y vigilancia, espacio de dimensión reducida estudiado por Foucault. Otros lugares de confinamiento y vigilancia como éste son la cárcel, la escuela y el hospital, todos en la sujeción del cuerpo, lo que configura una anatomía política y una génesis disciplinaria que es el origen de las ciencias humanas.

El hogar conserva una educación victoriana, y es allí donde se encuentra el comportamiento normalizado de una pequeña sociedad; la ficción doméstica contribuye a crear la separación entre lo público y lo privado, sellado por un pacto sexual de distribución de esferas de poder: la política para el hombre económico, el hogar para la mujer doméstica. Este pacto sexual-social legitima a cambio de protección la subordinación femenina, que va a excluir a las mujeres como sujetos del pacto otorgando un profundo sentido patriarcal.

La mujer onanista; más allá de la figura de la madre

Existe algo relacionado con el cuerpo de la mujer, y en el cual se establece principalmente su anormalidad. El cuerpo resulta diferente y misterioso a la vista de lo masculino, es lo que impera en el discurso cotidiano de las diferentes disciplinas, en las que se aprecian los diferentes simbolismos que se generan en el quehacer social y cultural, los cuales marcarán la diferenciación entre los géneros y su asignación de roles. Por ejemplo, mientras lo genitales masculinos están a la vista, los femeninos están bien ocultos, no sólo a los demás, sino a ella misma.

Por esto mismo, mientras el hombre se siente exigido por la evidencia de su sexualidad, la mujer se ve atrapada por el secreto que encierra su propio cuerpo. Esto indudablemente hace tomar una posición frente al cómo vivir la sexualidad. En este planteamiento, los discursos sobre la masturbación que se observaron a mitad del siglo XVII y que dieron cabida a la estricta vigilancia sobre el cuerpo del niño ¿fueron también producto de dichos indicios alrededor del control de fluidos (la menstruación en las mujeres)?, todo visto desde lo que decreta la desigualdad entre sexos; sin embargo, es algo que resulta necesario profundizar aún más.

La masturbación, por ejemplo, servía para explicar el núcleo o raíz de casi todos los males posibles. Los fluidos de la mujer, su sexo. De ahí, se puede apreciar, con el hecho de la menstruación en la historia, cómo

diferentes áreas académicas la señalan con aversión, y señalan además la importancia de crear procedimientos que impidan el contacto con la misma. Así se observa que la concepción de los líquidos que emana de la mujer, están relacionados con la peligrosidad, en los que a veces se pensaba que el contacto con la mujer menstruante podía ocasionar la muerte.

Esta concepción basada, no sólo en su fisiología, sino también en su fisonomía, es lo que lleva a elaborar en algunas culturas, una serie de construcciones simbólicas alrededor del ser mujer; construcciones que hablarían de la mujer como algo malvado y peligroso, nocivo sobre la cual se toman medidas y precauciones. Tal y como lo ilustraban los mitos sobre la creación del ser humano, en los cuales podía apreciarse cómo a veces la mujer estaba rodeada por la connotación de lo monstruoso. Esto último se afirma en lo explicado con anterioridad, a saber, es el hombre quien crea dichas construcciones dado que es él quien tiene el poder para imponerlas, por tanto se basa sobre sí mismo, y cualquier cosa que sea diferente de sí se le antepone como lo contrario, por tanto, si él es natural, si su cuerpo es un producto natural (ya sea otorgado por lo biológico o lo divino), el cuerpo de la mujer resultará antinatural, en el sentido de que no se le parece y que por esto no puede explicarlo ni comprenderlo, pero que al mismo tiempo posee una atracción extraña, seductora, envolvente, guardada en una sexualidad que no es posible descifrar. Por lo anterior, el mecanismo de la culpa que se utilizaba para evitar la masturbación, se utiliza en la mujer sobre su propia e íntima sexualidad.

Foucault hace hincapié en el cuerpo como producto de las relaciones de poder y saber, en los mecanismos microfísicos de poder que los aparatos y las instituciones ponen en juego hasta materializar una tecnología política en el bio-poder ejercido desde el control de las poblaciones, la demografía y la vigilancia del depósito de la sexualidad en la familia burguesa: histerización del cuerpo de la mujer, pedagogización del sexo del niño, socialización de las conductas procreadoras, psiquiatrización

del placer perverso, entre otras. El cuerpo de la mujer es minado, batallado, conquistado, desfigurado por los mecanismos de poder para favorecer ese ideal en el que la capacidad de procreación de la mujer se hace tan indispensable y en los que es educada para ello, para cumplir un papel de madre antes que uno de mujer, por ello es monstruosa aquella mujer que sabe y experimenta de su sexualidad, pero no cualquiera, sino aquella que también “olvida” que es parte de su naturaleza pensar en los otros, cuidar y proteger y aquella que piensa primero en sí misma que en los demás que podrían ser sus hijos, está condenada a ser anormal, diferente, monstruosa, perversa, etc. Según Rodríguez, la definición de poder que propone Foucault no es algo que se posea, sino que se ejerce con todo su espesor y sobre toda la superficie del campo social, de esta manera:

El poder se extiende capilarmente, impregnando toda una serie de espacios y relaciones. La familia, el sexo, la escuela, la distribución urbana, la imagen política... es un flujo reversible que se traslada, se arriesga, se concentra o se expande. Ningún individuo lo posee sino por el lugar que ocupa, el poder es siempre una cierta forma de enfrentamientos instantáneos y continuamente renovados entre un cierto número de individuos... el poder es una estrategia permanente, nunca se halla completo en una parte, por más que situaciones privilegiadas hagan acumular dominio y beneficios con efectos de sobrepoder (Rodríguez, 1999, p. 153).

El poder del soberano de hacer morir o de dejar vivir, del que se habla en los primeros capítulos de *Los Anormales*, ha tenido grandes cambios, intereses que están encaminados a producir, acrecentar y ordenar fuerzas a favor de un poder sobre la vida, esto con las disciplinas que diseñan una anatomía política del cuerpo humano y la configuración de una bio-política de la población integrando unos controles y regulaciones sobre el cuerpo: salud, higiene, natalidad, longevidad, mortalidad. Así la bio-política hace del poder/saber un agente de transformación de la vida humana.

Esto se despliega a partir de la puesta en marcha de la sexualidad, que se entiende como dispositivo, en tanto que es un conjunto decididamente heterogéneo que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas.

Para Foucault (2001), en el momento en que se desarrolla la sociedad capitalista, el cuerpo, que hasta ahí era órgano de placer, se convierte en un instrumento de prestación, prestación necesaria para las exigencias mismas de la producción de allí una escisión, una censura en el cuerpo, que se inhibe como órgano de placer y al contrario, se codifica, se domestica, como instrumento de producción, de prestación.

De acuerdo con la teoría del bio-poder, ésta ha constituido un elemento indispensable para el desarrollo del capitalismo al asegurar la inserción controlada del cuerpo en los aparatos de producción; ello sólo ha sido posible porque este poder sobre la vida, en su control de las poblaciones, demografía, higiene, sanidad, etcétera, se apoyaba y consolidaba la división del papel de los sexos. La estrategia de la reclusión de las mujeres en el ámbito doméstico, las justificaciones de los médicos filósofos de los siglos XVIII y XIX, las teorías del intelecto femenino sexuado, su consideración como cuerpo-especie responsable de la salud de las generaciones, su identificación con la naturaleza, constitución como objeto principal y transmisor de las normativas, su responsabilidad en el bienestar físico y moral de la familia, entre otras medidas, son las que hacen posible el desarrollo del bio-poder que, a su vez, caracteriza la configuración moderna de un poder, pastoral, individualizante.

De acuerdo con (Bosch y Gili, 1999, p. 45), diferentes personalidades de variados ámbitos sociales, culturales y políticos, entre las cuales se encuentran: Platón, Confucio, Shakespeare, Martin Lutero, León Tolstoi, Jean-Paul Sartre, Hitler, Darwin, Rousseau, Schopenhauer, Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud, Carl Jung, entre muchos otros, han manejado discursos que se caracterizan, de una u otra forma, por

encontrar reiterativamente tres grandes argumentos de los que cuales se ha servido a lo largo del tiempo: 1) La inferioridad moral (el paradigma sería Eva), 2) La intelectual (la mujer limitada en su inteligencia por razones “naturales”) 3) Y la biológica (la menstruación como factor debilitante y como recordatorio ineludible de su única función en la vida: la procreación).

Todo esto nos muestra que aquello que Foucault señala para el masturbador, también se cumple para la mujer en lo que es el manejo íntimo de su cuerpo. Dado que, la mujer que no cumpla con los cánones de lo propio y lo correcto, en el quehacer de madre y en la inscripción de lo fisiológico, será señalada como individuo con una propensión a la peligrosidad, como pecadora, como criminal, con esto se regresa a la noción de mujer malvada, sobre la cual se debe someter a extrema vigilancia. Por tanto, el ejercicio del poder y del castigo hacia la mujer, son accionados no sólo por el ente estatal o institucional, sino por cualquier hombre que tenga un derecho legal sobre la misma.

3. Conclusiones

La anormalidad en el siglo XIX ilustra las figuras del monstruo, el incorregible y el masturbador, que ahora es preciso decir que el anormal del siglo XIX encarna las tres: monstruo cotidiano, incorregible corregible y el marcado por la etiología. Se menciona entonces que el principio de inteligibilidad que aplica para el monstruo es el que dice que éste existe para entender las desviaciones de la norma; la propiedad del monstruo consiste precisamente en afirmarse como tal, explicar en sí mismo todas las desviaciones que pueden derivar de él, pero también ser en sí mismo ininteligible.

El incorregible existe para explicar y aplicar las técnicas de domesticación; éste es regular en su irregularidad. De ahí que, es un incorregible corregible. En el caso del masturbador, el onanismo sirve para explicar el núcleo o raíz de casi todos los males posibles. Es algo

que casi todo el mundo hace, pero que nadie sabe, sólo por algunos casos de enfermedades.

Sobre estas figuras es importante preguntarse si se manifiestan de igual manera en la mujer, dado que si se toma en cuenta el hecho de que en el mismo origen de la historia, el cuerpo de la mujer ha sido catalogado como diferente en referencia al del hombre, tanto anatómicamente (diferencia sexual) como fisiológicamente (menstruación, procreación), y que esto, tal vez, es lo que lleva a elaborar en algunas culturas, una serie de construcciones simbólicas alrededor del ser mujer; construcciones que hablarían de la mujer como alguien malvado y peligroso, nocivo sobre la cual se toman medidas y precauciones; tal y como se dijo atrás, lo ilustraban los mitos sobre la creación del ser humano; es decir, el hombre es quien crea dichas construcciones dado que es él quien tiene el poder para imponerlas, y que, por tanto, todo está basado sobre sí mismo, y cualquier cosa que sea diferente de sí se le antepone como lo contrario. De este modo, si él es natural, si su cuerpo es un producto natural (ya sea otorgado por lo biológico o lo divino), el cuerpo de la mujer resultará antinatural, en el sentido de que no se le parece y que por esto no puede explicarlo ni comprenderlo, así que no es de extrañar que se relacione a la mujer con lo monstruoso desde el mismo origen.

En muchas sociedades, el placer *per se* en la mujer ha sido visto más bien como un problema, como una tentación de adulterio y, por ende, como un peligro para la manutención de la familia, de la propiedad y de la herencia; es por eso que se utilizan todos los medios para “controlar” este ser que fácilmente se puede convertir en monstruo manipulador gracias al poder de vida y de muerte que le fue concebido por la naturaleza.



Referencias

- Bosch, Esperanza; Ferrer, Victoria A.; Gili, Margarita (1999). *Historia de la misoginia*. España: Anthropos.
- Dottin-Orsini, Mireille (1996). *La Mujer Fatal (según ellos)*. Argentina: Ediciones La Flor.
- Fernández, Ana María (1993). *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, Michel (2001). *Los anormales*. México: Editorial fondo de cultura Económica.
- Héritier, Françoise. (1996). *Masculino/Femenino: el pensamiento de la diferencia*. Barcelona: Ariel.
- Nash, Mary y Tavera, Susanna (coords) (2003). *Las mujeres y las guerras*. Barcelona: Icaria.
- Nietzsche, Friedrich. (1978). "De las mujeres viejas y jóvenes". En: *Así habla Zaratustra* Madrid: Alianza.
- Rodríguez, Rosa M^a. (1999) *Foucault y la genealogía de los sexos*. Barcelona: Anthropos.
- Santidrián, Rosa M (1998). *Mujeres malas y perversas de la historia*. España: Edimat.